

JUEGO, TURISMO Y TAHURISMO

Por J. M. Alvarez Acevedo.

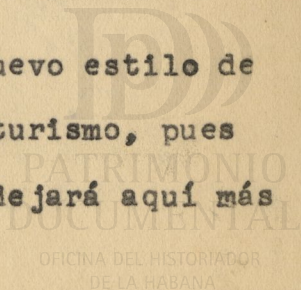
Por una asociación universitaria, que tal vez haya tenido sus miras privadas para hacerlo, se hizo circular un plano de La Habana en el que con puntos negros se señalan aquellos donde es público y notorio que tiran de la oreja o Jorge.

Si aún quedara de qué sorprenderse, semejante informe gráfico daría una positiva sorpresa a quienes han podido verlo. Pero en ese sentido no vale la pena. Aparte de que si quisieran añadirle más datos al gráfico de marras podrían seguir agregando puntos análogos en toda la periferia y cogollo de la isla.

El reciente caso de aquel minero de Matahambre que se suicidó después de perder en el "traganiqueles" sus penosos ahorros de un año, releva de mayores testificados.

Pero el mal no es nuevo. Sociólogos, moralistas e incluso algún gobernante regenerador han venido predicando desde largas décadas atrás lo nocivas que resultan para los presupuestos familiares e individuales las mil y una formas de juego que imperan en casa.

Lo peor es que esté naciendo en el país un nuevo estilo de azar en gran escala so pretexto de fomentar el turismo, pues el dinero que en eso vaya envuelto ni siquiera dejará aquí más que migajas.



La tendencia nació durante la Provisionalidad, cuando alguien propuso adquirir uno de los Frontones con el fin de montarlo a la última moda, incluyéndoles aire acondicionado.

Las exitosas influencias que fuesen consiguieron entonces cierta variante en la Ley del Turismo, que la reconstruía de pies a cabeza, permitiendo a éstos o los otros hoteles de primera y segunda que montasen salas de juego.

Y ya se está viendo cómo proliferan esos establecimientos. Hasta el extremo de que quizá sea ésta la única forma de que haya en Cuba capacidad hotelera en ritmo con la importancia urbanística de su capital.

¿Se ve algún indicio de que los llamados a disminuir aquí los juegos de azar hayan decidido someterlos a reglamentaciones más rigurosas y prohibitivas? En apariencia al menos, no.

Sin embargo, si decidieran percatarse de que un vicio tan desenfrenado conspira como ningún otro factor contra el nivel de vida a que aspiran las clases medias y populares, acaso estuviesen ya tomando cartas en el asunto.

La situación económica del país es hoy francamente buena. Azúcar, café, minerales, tabaco y demás capítulos de la producción cubana alcanzan topes y perspectivas que justifican euforias oficiales y particulares.

Y es del todo seguro y cierto que si a la ciudadanía se le redimiese de los tremendos peligros que encierra para ella la excesiva licencia o el demasiado consentimiento con que los diferentes banqueros de naipes, apuestas y apuntaciones le están sacando un dinero que debiera convertirse en ahorro colectivo,

cuando no resulte imprescindible en los respectivos hogares, las capas sociales de menos ingresos no tendrían por qué temer al inmediato porvenir.

En otro aspecto, los múltiples agentes, no importa si disimulados, que andan de casa en casa, si es que no se establecen en Vidrieras sin una sola mercadería, con la mira de recolectar efectivo a los incautos; esos vendedores de suerte, se repite, determinan notoria baja en las ventas del comercio detallista, sobremanera en los barrios pobres; y ello también debiera preocupar a las autoridades que tengan el empeño de contribuir al fomento de las actividades mercantiles e industriales.

En suma: la tolerancia con el juego, empezando por el más arraigado y de mayores tradiciones típicas en el escenario doméstico, coopera de modo decisivo a las estrecheces de la vida colectiva.

Por eso repercuten menos en la familia cubana los efectos de una exportación satisfactoria, de unos salarios más bien altos, de una circulación monetaria que no peca precisamente de defecto y de un poder adquisitivo que debiera producir resultados de mayor efectividad en las zonas urbanas y campesinas.

Y que, en lugar de contener el mal, en servicio de la ciudadanía, se consienta su extensión a esferas que antes estaban a salvo de poner en riesgo grandes fortunas, so pretexto de que con ello se fomenta el turismo, parece poco edificante.

El porvenir de los hogares cubanos nunca dependerá de que salga o no el número visto en sueños, sino de que el país pros-

pere mediante su creciente capacidad productora.

Luego convendría que alguien se llene de santo amor patriótico, y barra con el noventa por ciento de los garitos prevalectes.

En primer término, con esos de guante blanco y aire acondicionado donde el internacional taurismo se viste de falso turismo. Tal falso, que en vez de originar ganancias se las lleva.

Cuba Económica y Financiera, La Habana, octubre, 1956.

